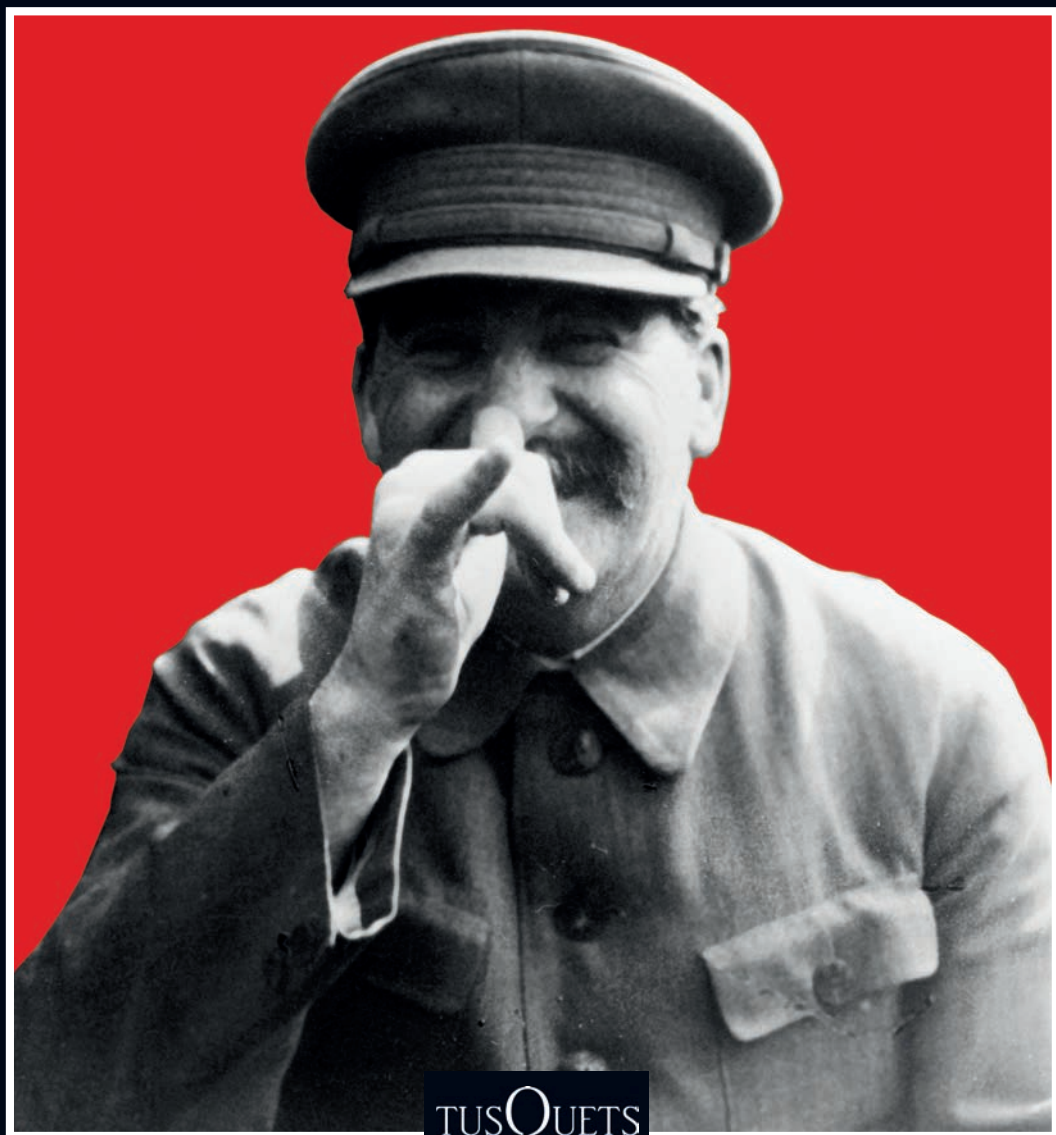


Curzio Malaparte

BAILE EN EL KREMLIN

y otras historias

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

CURZIO MALAPARTE
BAILE EN EL KREMLIN
y otras historias

Traducción de Juan Manuel Salmerón Arjona

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Il ballo al Cremlino*

1.ª edición: noviembre de 2016

© Eredi Curzio Malaparte, Italia

© de la traducción: Juan Manuel Salmerón Arjona, 2016
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-347-9
Depósito legal: B. 20.323-2016
Fotocomposición: David Pablo
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S.A.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Baile en el Kremlin	9
Los cazadores de moscas	101
Una tragedia italiana	113
Viva la muerte	217
A orillas del Bisenzio	241
El ídolo	255
La conjura	291
Un hombre muerto no está muerto	309
El Cristo de Baden-Baden	327
Alberto y Clelia	353
Pureza	369
La muerte en Capri	379
Un hijo sucio	401
El sueño	409
Una voz lejana	417
Posfacio, de Enrico Falqui	423

El Príncipe Negro

Cuando la orquesta dejó de tocar *Ich küsse ihre Hand* (los vales vieneses eran obligados en la embajada inglesa, igual que lo eran las canciones de Cole Porter y de Noël Coward en la alemana), Madame Lunacharskaya, la mujer del comisario del pueblo para la Instrucción Pública, Anatoli Lunacharski, se detuvo en medio del salón.

—¿Dónde estará Alexéi Karaján? —preguntó mirando a un lado y a otro. Pero, poniéndome la mano izquierda en el hombro y atusándose con la derecha el cabello de las sienes, que era negro y un poco rizado, añadió—: ¿No cree que la Semiónova empieza a parecerse mucho a la Kschessinska?

La Kschessinska había sido la última gran bailarina de la época zarista y, según se decía, la amante de Nicolás II.

—¿Por qué lo dice?

—Porque esta noche también se retrasa. Es que es muy chic eso de hacerse esperar.

—No me había dado cuenta de que se retrasaba —comenté.

—¿Es que ya no la ama? —me preguntó Madame Lunacharskaya con ojos risueños.

—Sabe bien que la amo a usted.

—También dicen eso aquí, en Moscú —repuso Madame Lunacharskaya—, pero es que ésta es una ciudad de cotillas.

La orquesta empezó a tocar *Wiener Blut* y Madame Lunacharskaya se apoyó lánguidamente en mi brazo.

—¿Cuándo regresa a París? —me preguntó mirando a la puerta y abandonándose en mis brazos.

—Seguramente me quedaré en Moscú unas semanas más —contesté—, me gustaría ver la primavera rusa en todo su esplendor.

—La primavera de Moscú no es como la de París —repuso ella—. Estuve en París en octubre, comprando unos trajes para la comedia

en la que llevo actuando todo el invierno. Este vestido, por ejemplo, es de Schiaparelli, espero que no se escandalice usted también.

El reglamento prohíbe a las actrices soviéticas vestir en sociedad trajes del guardarropa teatral. Pero la Semiónova, la Lunacharskaya, las actrices más famosas del cine y el teatro soviéticos, se saltaban el reglamento y se presentaban en público luciendo los atuendos del teatro, sin reparar en que con eso desafiaban más a la pobreza del pueblo que a los reglamentos oficiales.

Era un vestido de Schiaparelli, en efecto, más bien pesado y barroco, con esos pliegues que Madame Schiaparelli copiaba de algunos dibujos de Miguel Ángel, de algunas estatuas de Canova; de ese estilo barroco romano de Domenichino en que los colores parecen sombras de árboles de Poussin y sombras azul turquesa de Corot. Madame Lunacharskaya era morena, pálida, de rasgos más bien bastos, como vistos a través de una lente de aumento. Tenía unos ojos negros cargados de sensualidad, de malicia, de sueño, unos ojos de carne que en nada se parecían a los ojos de cristal claro de las mujeres del pueblo. Eran unos ojos de carne en que las imágenes, más que reflejarse, parecían tatuarse. Las cejas negras, que ella no sólo no se depilaba sino que acentuaba casi con un toque de lápiz, arrojaban una sombra borrosa sobre aquellos ojos de carne, ojos nocturnos en que la sensualidad perezosa y dulce brillaba como una *veilleuse* en un dormitorio. Tenía la boca grande, carnosa, de labios gruesos, por los que una sonrisa irónica y a veces desdeñosa iba y venía como un rayo de luz por debajo de una puerta cerrada. Y algo cerrado había en ella, en su actitud, sus gestos, sus miradas, sus palabras. Todo lo que da la tradición, la educación, el estilo de la nobleza —a saber, discreción, sencillez, decoro natural, una actitud, un modo de hablar, de sonreír incluso, condescendiente, una frialdad que en realidad es orgullo moderado por las buenas maneras y por un respeto hacia sí mismo que se refleja en el trato con el prójimo—, todo lo que, en fin, es innato en la aristocracia genuina, en una clase recién llegada al poder, a los honores, a los privilegios, es, como cualquiera sabe, artificial. Y en la nobleza comunista, cuyo estilo no es innato sino artificial, igual que en una sociedad de burgueses, *parvenus*, la discreción, el decoro, la sencillez y el orgullo bien entendido se convierten en desconfianza. Lo que caracteriza a una nobleza comunista no es el mal gusto, la vulgaridad, las *bad manners* ni la complacencia en la riqueza, el lujo o el poder, sino la desconfianza y, diré más, la intransigencia ideoló-

gica. En Moscú, todos elogiaban la vida y las costumbres sencillas de Stalin, su estilo austero, sus modales señoriales pero sencillos; pero es que Stalin no pertenecía a la nobleza comunista. Stalin era el Bonaparte posterior al 18 de brumario, era el amo, el dictador, y la nobleza comunista le era contraria como le fuera contraria a Bonaparte la clase de los *parvenus* del Directorio. Sólo que en estos aristócratas rusos, en esta nobleza comunista, el desprecio no era social, sino ideológico. Porque desde el punto de vista social, lo que inspiraba realmente todos los actos mundanos de aquella sociedad poderosísima y ya corrupta —que hasta ayer había vivido en la miseria, la desconfianza, la clandestinidad y la emigración, y que de pronto había pasado a dormir en las camas de las grandes damas de la nobleza zarista, a sentarse en las butacas doradas de los altos funcionarios de la Rusia zarista, a desempeñar las mismas funciones que habían desempeñado los nobles zaristas— era el esnobismo. Aquellos nobles rojos imitaban las maneras occidentales, las mujeres las de París y los hombres las de Londres y, en menor medida, las de Berlín y Nueva York.

Las mujeres más elegantes eran las actrices, y los hombres más elegantes, los oficiales de caballería de la Proletarskaya Diviziya, de guarnición en Moscú, y algunos diplomáticos del Narkomindel, el Comisariado para Asuntos Exteriores. Aquella noche, la gran sala de baile de la embajada de Inglaterra estaba repleta de invitados rusos. Lo que había atraído al baile que daba Sir Edmond Ovey a todo el mundo dorado de Moscú, ruso y no ruso, era el rumor que había corrido de pronto por los círculos mundanos de la capital de la Unión Soviética de que la primera bailarina del Gran Teatro de la Ópera, la Semiónova, había rechazado a Karaján y que éste había intentado suicidarse. Todos estaban pendientes de la puerta y esperaban algún acontecimiento extraordinario: la Semiónova había prometido asistir al baile y su retraso empezaba a causar gran expectación entre los invitados, especialmente en Edmond Ovey, el anfitrión.

Todos estaban ya acostumbrados a los retrasos de la bailarina, a quien las rivales acusaban de darse aires de dama del Antiguo Régimen o, como decía Madame Lunacharskaya, de princesa de sangre; pero aquella noche tardaba más de lo habitual, y la ausencia de Karaján no hacía sino confirmar los rumores que se habían difundido esa misma tarde por Moscú.

—Está usted hecha toda una parisina —dije sonriendo.

Madame Lunacharskaya clavó en mí sus ojos de carne y sonrió con ironía.

—Pues figúrese —dijo al cabo de un instante de silencio— que me acusan de contrarrevolucionaria porque visto con decencia. —Y entornando los ojos, añadió—: Hábleme de París.

Le hablé de París. De sus tonos grisáceos y azules, de sus tonos rosas otoñales, de las hojas doradas de los *marronniers* que bordean el Sena, de la niebla que se eleva del río al caer la tarde, del crujir de las hojas bajo los pies, de los jardines de las Tullerías.

—Hábleme de la Place Vendôme —dijo Madame Lunacharskaya.

Le hablé de la Place Vendôme, del silencio de la Place Vendôme, de su color de piedra gris, el mismo gris azulado de la piedra de Florencia, llamada *pietra serena*, del silencio armonioso de la Place Vendôme, en que nada evoca la naturaleza, los árboles, la hierba, las flores, las aguas, donde todo es humano, de una humanidad puramente mental, que parece un verso de Racine, un pensamiento de Descartes.

—Imagínese lo que sería representar a Racine en la Place Vendôme, lo que sería ver a Pirro proclamando su amor allí, y a Andrómaca hecha un ovillo en un rincón. Imagínese lo que sería oír un verso de Racine que colmara el silencio de la plaza como el viento colma una vela, un verso de Racine que fuera como el viento del río que entra en la plaza por la Rue de Castiglione: «*S'enivrer en marchant du plaisir de la voir*». Imagínese la Place Vendôme una noche de luna, el silencio, la serenidad sublime, matemática de la plaza, como el silencio que sucede a la última nota de una sinfonía de Vivaldi, de Lully, de Rameau.

—Hábleme de Giraudoux —dijo Madame Lunacharskaya.

Le hablé de Jean Giraudoux, de su voz viril y un poco cansada, del fulgor velado de sus ojos, de su sonrisa bondadosa; le hablé de su perro, *Puck*, de la *camaraderie* que unía a aquellos dos seres nacidos para entenderse; le hablé de los paseos que daba Jean Giraudoux sin sombrero ni abrigo las tardes claras y frías de invierno, esas tardes de cristal en que también París se vuelve de cristal, y las casas, los monumentos, las estatuas, las columnas, los árboles, se vuelven de porcelana, de una porcelana levemente coloreada, como la de Sèvres; esas tardes en que todo se transforma en frágil, precioso, brillante, y en que Giraudoux caminaba despacio por los *quais* del Sena, entre la Rue des Saints-Pères y el Pont Neuf, mientras hablaba de París, del olor de París, del silencio de París, de la niebla de París. Le hablé de

Giraudoux, al que vi por última vez alejándose despacio por el Pont Neuf, desapareciendo en la niebla, en el silencio de París.

—Me gustaría mucho llevar a escena y actuar en una comedia de Giraudoux aquí en Moscú —dijo ella—. Pero está prohibido. ¿Usted cree que Giraudoux es un escritor contrarrevolucionario, un escritor burgués? —Me eché a reír discretamente y Madame Lunacharskaya se corrigió y dijo—: ¿Un escritor barroco?

Le hablé entonces del Giraudoux barroco, del Giraudoux educado en la escuela del Bernini joven, en una Francia que él veía preciosa, frágil, extraña, como veía a los hombres y a las mujeres, como veía la gracia francesa.

—Aquí, en Moscú —me dijo Madame Lunacharskaya poniéndome una mano en el hombro—, sólo gusta lo que les gusta a los obreros. ¿Cree usted que Giraudoux podría educar a los obreros?

—Desde luego —contesté, riendo—. Los obreros de París, los obreros de la Renault, los mecánicos, los fundidores, los torneros, van a ver a Giraudoux porque lo entienden mejor que las damas esnobs de la burguesía que visten en Paquin y en Schiaparelli, porque para entender a Giraudoux hay que tener la sensibilidad de ciertos intelectuales franceses y también la de los obreros acostumbrados a manejar motores, a montar motores, a la precisión de los tornos eléctricos, de los engranajes, exactos como es exacto el engranaje de las imágenes, de los pensamientos, de la lógica de una página de Descartes o Pascal, lógica de la que nace la belleza francesa, esa belleza particular que sólo pertenece a los franceses, hecha de precisión, claridad, nitidez, y que encontramos en Baudelaire, Verlaine, Valéry, Ravel, Léger, Segonzac, en los pintores, los escritores, los filósofos, en los mejores obreros, en los artesanos. Escritores como Giraudoux son quienes pueden educar a los obreros mejor que los mismos escritores revolucionarios, mejor que Ilyá Ehrenburg... Eso sí —añadí—, para entender a Giraudoux hay que ser un hombre refinado, inteligente, sensible, como los obreros franceses. Los obreros rusos...

—Oh, los obreros rusos... —me interrumpió ella, pero se calló.

La orquesta había empezado a interpretar *El Danubio azul* y Madame Lunacharskaya se puso en pie y me dijo:

—Volvamos dentro. —Al llegar a la puerta de la sala miró a un lado y a otro y añadió—: Aún no ha venido.

Supe que se refería a la Semiónova y le pregunté en voz baja si creía que era cierto lo que se rumoreaba en Moscú.

—Me alegraría de que lo fuera —me contestó, y como se volvió hacia mí y me puso la mano en el hombro, la saqué a bailar el vals.

Pero entonces vi al rubio y rosado Florinski, jefe de protocolo del Comisariado para Asuntos Exteriores, sortear a las parejas que bailaban y correr hacia la Semiónova, que entraba en aquel momento, sola, se detenía en el umbral y buscaba con la mirada a Lady Ovey.

—*Oh, dorogaya, ma chère, enfin!* —exclamó Florinski, besándole la mano.

Madame Lunacharskaya, que lo oyó, se volvió y, al ver a la Semiónova, se apartó de mí, rechazándome casi con un empujoncito en el hombro, se excusó y se fue hacia Tairov, el famoso director del teatro Kamerny, que estaba hablando junto a una ventana con un grupo de jóvenes actores.

Yo me quedé solo en medio de la sala y observé lo que me rodeaba.

Madame Egorova, esposa del mariscal Egorov, estaba sentada en una butaca en un extremo de la sala, hablando en voz alta y riendo con unos jóvenes oficiales de la Proletarskaya Diviziya, mientras con el rabillo del ojo miraba a la Semiónova, que, del brazo de Sir Edmond Ovey, embajador de su majestad británica, se acercaba al bufé.

La Semiónova, primera bailarina del Gran Teatro de la Ópera de Moscú, era una mujer más bien corta de estatura, de ojos claros y fríos, de cabello rubio y brillante, que llevaba peinado hacia atrás y recogido en un moño. Tenía unos huesos pequeños y finos, muy frágiles, cubiertos por una carne tierna y blanca. Los hombros desnudos y carnosos parecían, a la luz blanca de las lámparas, de nieve. Lucía un vestido muy escotado, que descubría la amplia curva de la espalda y ceñía estrechamente las caderas, más bien anchas. Me pareció que se trataba de un vestido de Lelong, de raso blanco, con el borde inferior adornado con una cenefa azul, de manera que parecía una túnica bizantina. Llevaba un *collier* de perlas rosas e iba tocada con un *kokoshnik* al estilo de las antiguas boyardas, que daba a su cara rolliza, pálida, de grandes ojos claros y fríos, la misma expresión de algunas cabezas femeninas de los antiguos iconos del cementerio Ragoisky y de los Viejos Creyentes. Del brazo de Sir Edmond Ovey, caminaba sosteniéndose con la mano izquierda el vuelo de la falda, que apenas le ocultaba los pies, unos pies pequeños por los que todo Moscú

deliraba, y que calzaba con zapatillas de raso blanco, obra primorosa, hecha en París, del zapatero de la Pavlova.

Todos los ojos se habían vuelto hacia la Semiónova, que sonreía a diestro y siniestro sin mirar a nadie, como si sonriera a fantasmas. Emanaba de ella una gracia inefable, que no era la de las bailarinas de Degas, sino la gracia un tanto equívoca de algunos arlequines de Magnasco o Picasso, de algunos *pierrots* de la pintura cubista, llenos de una humillación indeleble y una esperanza orgullosa. Pero sus gestos eran duros y, aunque a primera vista parecieran instintivos, observados más de cerca resultaban no sólo pensados, sino premeditados con soberbio desdén. Su expresión era pérfida e insolente, de exaltación fría y calculada. Bastaba con verla volver la cabeza, una cabeza algo aplanada en la nuca (la giraba con movimientos bruscos, como hacen los lagartos), para darse cuenta de lo artificiales que eran sus gestos más sencillos y aparentemente más naturales, sus caprichos de bailarina, sus cambios de humor, sus ataques de nervios, sus fríos arranques de cólera, que le habían dado fama de artista veleidosa y tiránica. A veces, por la más leve vacilación del director de orquesta, por la equivocación de un compañero de trabajo, por el imperceptible desafinado de un violín, por el crujido de una butaca al fondo del teatro, por la tos de un espectador, la Semiónova interrumpía el baile, se detenía en mitad de una pirueta y se quedaba quieta en el centro del escenario, fría como una estatua de mármol, ante un público mudo de espanto.

El numerosísimo público proletario que llenaba todas las noches la sala del Gran Teatro de la Ópera le perdonaba todos los caprichos, desaires y tiranías: permanecía mudo, conteniendo la respiración, temeroso de crisar los nervios de su ídolo, hasta que un aplauso cálido, apasionado e interminable rompía el hielo de aquella estatua de mármol, que se inclinaba con un movimiento de la cabeza leve y desdenoso, esbozando una sonrisa de triunfo despectivo.

—*Elle est le seul être au monde qui oserait danser sur un volcan* —decía el embajador de Francia, Monsieur Herbet, que había sido muchos años director de *Le Temps* de París y seguía fiel a los *bons mots* que se estilaban en tiempos de Fallières en las redacciones de los periódicos parisinos y pervivían en el Quai d'Orsay desde la época del duque de Gramont.

—*Vous oubliez Karajan* —contestaba el embajador de Inglaterra, Sir Edmond Ovey.

Durante el largo invierno de 1929, la relación entre la Semiónova y Karaján había sido la comidilla de todas las mesas de bridge de las embajadas extranjeras en Moscú y de todos los corrillos que se formaban en la inmensa sala del palacio Spiridónovka, donde solía dar sus banquetes oficiales y sus bailes el comisario del pueblo para Asuntos Exteriores, Litvínov, el gordo, pálido y sonriente Litvínov. En aquella nobleza comunista, los hombres apoyaban a la Semiónova y las mujeres a Karaján. El mundo diplomático extranjero también se dividía en dos bandos, y las mujeres estaban con la Semiónova y los hombres con Karaján. Ésta era quizá la señal más clara no sé si de la novedad de la sociedad rusa comunista, o de la cultura de los buenos modales de la vieja sociedad occidental. Pues el que los hombres defiendan a los hombres es un rasgo oriental, y el que los hombres defiendan a las mujeres, un rasgo occidental.

Karaján era el hombre más apuesto de la Unión Soviética y quizá, según afirmaba Frau von Dirksen, esposa del embajador alemán, el hombre más apuesto de Europa. Los tiempos cambian, las antiguas aristocracias decaen, la civilización liberal europea deja paso a la civilización marxista, pero los cánones de la belleza masculina no siguen el mudar de los tiempos, de la moda, de los regímenes políticos, de las ideologías morales y sociales. Un hombre, o una mujer, que parecieran bellos en la época de Luis XV no dejarían de gustar con el Directorio. Lord Byron o el conde d'Orsay seguirían encantando con su belleza, con el esplendor y la gracia de sus maneras, a una sociedad más tosca, o más corrupta, que la suya. Por lo mismo, un hombre como Karaján también habría hecho palidecer a las mujeres de la corte de Nicolás II. Lo que quizá hubiera entorpecido algo su éxito entre el elemento femenino de una aristocracia de sangre era la oscuridad de su cuna, aunque tampoco faltan ejemplos de hombres de cuna oscura pero gallardísimos que conquistaron las más altas privanzas y obtuvieron los más anhelados éxitos mundanos en virtud de su belleza.

Lo que me asombraba al principio, recién llegado a Moscú y cuando aún no me había percatado de la corrupción de la aristocracia comunista, era el hecho de que también en esta ciudad, capital de la Unión Soviética, la belleza contaba en el éxito de un hombre. Yo llegaba convencido de que el poder lo ocupaba una clase salida del pueblo, dura, intransigente, puritana, con ese puritanismo marxista que tanto se parece al calvinista, en la que sólo contaban los méritos re-

volucionarios y la fidelidad a la teoría marxista. Y cuando empecé a oír hablar de Karaján, y a darme cuenta de que los elogios y la admiración por sus prendas morales, por su contribución a la Revolución proletaria (Karaján era, con Borodin, el héroe de la Revolución comunista china y de la soviétización de Turquestán), iban acompañados de la admiración y aun del *engouement* por su belleza física, casi me escandalicé, porque me parecía algo indigno de una sociedad proletaria dar importancia a tales cosas.

No era éste, sin embargo, el único síntoma de la corrupción generalizada en la aristocracia comunista. Porque en una sociedad revolucionaria, la corrupción de las costumbres es señal de la corrupción de las ideas, del espíritu revolucionario. ¿Cómo puede conciliarse el privilegio de la belleza hecha mérito, prenda moral, con la austeridad marxista? Lenin llevaba apenas cinco años muerto, pero en aquel breve lapso de tiempo los elementos de corrupción ya presentes en la sociedad comunista se habían desarrollado, habían adoptado las formas habituales de la corrupción revolucionaria. Me hallaba en la situación en que se hallaría quien, habiendo marchado de París en tiempos de las virtudes y los rigores republicanos, volviera, pasados los años del Terror, con el Directorio. ¿Es ésta, se preguntaría, la sociedad puritana revolucionaria que dejé hace tan sólo unos años? ¿Son éstos los Brutos a quienes conocí hace unos años, inflamados por la llama purificadora de la fe revolucionaria? Y desde la Porte Maillot recorrería los Campos Elíseos un templado día primaveral oyendo, como oyó Chateaubriand a su regreso a París, los cánticos, la música, las señales del júbilo universal, síntomas graves de la corrupción de la aristocracia revolucionaria.

Con todo, no podía evitar sentir por Karaján sincera simpatía. Yo era joven —hacía unos meses que había cumplido los treinta—, y el juvenil entusiasmo que me había llevado a Moscú para conocer de cerca a los héroes de la Revolución de Octubre, para mezclarme con la masa obrera, con el pueblo ruso, con el proletariado comunista de la Unión Soviética, me impulsaba naturalmente y *tout entier*, como diría Fedra, hacia aquellos hombres que, a mis ojos, encarnaban el genio y la voluntad revolucionarios. ¿Quién puede hoy reprocharme haber sentido por Karaján algo parecido a una pasión? Julien Sorel amaba a Napoleón. En Moscú, mi Napoleón era Karaján. Cada cual se contenta con el primer Napoleón que encuentra. Añado que en mi pasión por Karaján, el héroe de la Revolución comunista china,

entraba un poco la venganza de mi generación, que, a su vuelta de la guerra de 1918, había tenido que conformarse con héroes mezquinos, con tristes héroes burgueses, como D'Annunzio, Mussolini, Barrès, Gide, Paul Valéry, Paul Claudel. Lo que yo veía en Karaján era al héroe antiburgués, al hijo de las estepas de Asia, al héroe de la revolución, que había derrocado a los zares, arrastrado por el fango a una antigua aristocracia corrupta e incapaz, llevado al poder a las masas proletarias. La mía era una visión romántica. ¿Con qué derecho vamos a prohibir a los jóvenes que tengan una visión romántica de los hombres y la vida? Si había elegido como héroe a Karaján, en vez de a Trotski, a Kámenev, a Bujarin, la razón es ésta: era el más guapo y el menos intelectual. Siempre hay algo femenino en la admiración de un joven por un héroe, pero es algo puro: nada dista más del vicio que la pasión de un Sorel o de un Fabrizio del Dongo por Napoleón.

Karaján era un hombre alto, atlético, con una cabeza orgullosamente plantada entre los hombros anchos. Su rostro era un tanto prominente, como lo es el de todas las razas caucásicas, armenias, georgianas, osetias, circasianas, que se cruzan y chocan, sin mezclarse nunca, en esa encrucijada del mundo que es el Cáucaso. *Karaján*, en esa lengua de las estepas orientales, significa «Príncipe Negro». Famoso por el papel que había desempeñado en la Revolución comunista china y nombrado luego vicecomisario del pueblo para Asuntos Exteriores y embajador en Ankara, Karaján, el bellissimo y misterioso Karaján (éstos eran los epítetos que más se le aplicaban), era un hombre de mediana edad, alto, delgado, con esa delgadez atlética que Pushkin llamaba «cosaca». Tenía el rostro pálido, los ojos de un color incierto, a veces grises, otras muy oscuros, que brillaban de un modo singular tras las lentes de las gafas. Al contrario de lo que suele ocurrir con quienes llevan gafas, las lentes aumentaban la magia de su mirada, que era velada pero aguda como la de los ojos de cristal de las antiguas estatuas griegas. Gastaba una perilla negra que lo asemejaba a uno de esos caballeros españoles que velan el pálido cadáver del conde de Orgaz en el cuadro del Greco de Toledo. Vestía con sobriedad, al estilo inglés, y sentía esa predilección típicamente moderna por los grises y los negros que predominan en las sastrerías de Savile Row. Sus trajes, corbatas, zapatos, camisas, guantes venían de Londres por el correo diplomático de la embajada soviética en St. James Court. Sir Edmond Ovey decía con razón que la moda masculina sigue las ideas políticas dominantes, y que en tiempos liberales hay una

moda y en tiempos conservadores otra —William Pitt no vestía como William Fox, desde luego, ni Gladstone como Robert Peel—, y lo asombraba que Karaján vistiera a la moda inglesa sin darse cuenta de que así vestía también las ideas políticas inglesas. Jugaba muy bien al tenis y todos los días acudía a los *courts* del palacio Spiridónovka o a los de la embajada de Inglaterra, con un impecable traje de franela blanca y un par de ese tipo de zapatillas de tenis blancas con suela de goma roja que estaban de moda aquellos años y se llamaban *japanese shoes*. Jugaba de manera suelta, *souple*, con calma, sonriendo.

Todas las damas del mundo diplomático, todas las actrices, todas las *beauties* de la alta sociedad comunista, las esposas de los comisarios del pueblo, de los altos funcionarios, de los generales soviéticos, se apiñaban en torno a las redes de los *courts* para verlo jugar. Karaján tenía algo de fiera cuando corría por la pista de arena roja, cuando alargaba o doblaba el brazo, cuando descargaba un raquetazo. Solamente jugaba con pelotas de tenis que le mandaban de Londres. Decía, sonriendo, como para excusarse, que las pelotas de tenis soviéticas eran poco elásticas:

—En Rusia nada de lo que toca tierra rebota.

Probablemente quería decir que no se levantaba.

Luego se volvía hacia Lady Ovey y con su insolencia sonriente, con su desenfado de hombre superior, y con un perfecto acento de Oxford, añadía:

—Marx no previó la superioridad de las pelotas de tenis inglesas sobre las soviéticas. Marx vivía en el Soho, en el East End. En el East End de Londres no se juega al tenis, *isn't it?*

A mí, la verdad, aquellos *bons mots*, aquellos comentarios insolentes, me disgustaban. Habría preferido que aquel hombre sintiera un profundo desprecio por Europa. Yo había ido a Moscú convencido de que era la anti-Europa, o por lo menos la otra Europa, y ahora me daba cuenta con dolor de que toda aquella nobleza soviética profesaba a Europa («*n'importe quelle Europe*», como decía el embajador de Francia, Herbet) una admiración sin reservas. En Moscú, como en cualquier otra ciudad de provincias de cualquier parte del mundo, no se hablaba más que de París, Londres, Nueva York, Berlín, Viena, de los teatros, los cines, los restaurantes, los *night clubs* parisinos, londinenses... Madame Schiaparelli, Lelong, Paquin, Maggy Rouff, Molyneux eran más famosos en Moscú que Giraudoux, Paul Valéry o Clau-

del. En Moscú se hablaba mucho más de Madame Schiaparelli que de Stalin, aunque no fuera menos peligroso hablar de la primera que del segundo. Pero lo que más me molestaba en Karaján no era su esnobismo, su admiración, su *engouement* por Europa, por la vida elegante europea, sino su independencia de espíritu, una independencia de espíritu cínica, insolente, demasiado ostentosa y artificial, o al menos así me lo parecía. En aquella independencia de espíritu yo veía algo más profundo, más amargo, que una mera insolencia. Y eso me fastidiaba.

Unos pasos detrás de Karaján, y observando todos sus gestos, todos sus movimientos, todos sus raquetazos, estaba el *trainer* de tenis del palacio Spiridónovka, el famoso Julianov, uno de los personajes más fabulosos del Moscú soviético de entonces: era un hombre apuesto, alto, rubio, de ojos azules, al que todas las damas rusas de Moscú y las mujeres de los diplomáticos extranjeros hacían la corte abiertamente, para obtener el favor de alguna lección de tenis. Karaján no prestaba el menor caso a aquella muchedumbre de admiradoras chillonas y tampoco parecía reparar en la Semiónova las pocas veces que la famosa primera bailarina del Gran Teatro de la Ópera hacía una breve aparición en la embajada de Inglaterra o en el palacio Spiridónovka, aunque se decía que estaba locamente enamorado de ella. Tampoco yo le quitaba ojo cuando jugaba con Sir William Strang, el consejero de la embajada de Inglaterra, o con algún secretario de embajada. Lo miraba y veía extenderse a su espaldas, como si Karaján estuviera pintado en un lienzo, ese paisaje de Novocherkask que Pushkin describe en *El viaje a Arzrum*, ese paisaje donde, poco a poco, Europa se convierte en Asia, donde los bosques dejan paso poco a poco a las hierbas altas, a las estepas, a los cerros áridos y ventosos, y las águilas se posan en los montones de tierra que marcan la vía principal como si hicieran guardia a las puertas de Asia. Lo miraba y sentía que también yo iba tendido en un carruaje inglés como el joven Pushkin en el carruaje inglés de pieles suaves y brillantes de su amigo camino de Arzrum, Armenia, para seguir la guerra contra los turcos. Y veía que en Karaján Europa se convertía poco a poco en Asia, que los bosques dejaban paso poco a poco a las estepas y a los cerros áridos y ventosos, y que el horizonte amarillo se abría bajo el inmenso cielo pálido asiático. Como todo el mundo, sentía una curiosidad insaciable por aquel hombre, y me preguntaba si lo que determinaba su carácter era una ambición sin límites o un desprecio

soberano y sarcástico por el género humano, o al menos por el género humano soviético, y si con ese desprecio no ocultaba en realidad una pasión enfermiza, una envidia dolorosa de la vida libre e individualista de Occidente. ¿O acaso lo que determinaba su carácter era más bien ese típico narcisismo eslavo que tienen todos los personajes de la literatura rusa, sobre todo de Dostoievski, todos los héroes rusos, los más humildes, los más desheredados, los más innobles, los más corruptos?

Me impresionaba, como impresionaba a todos, la fuerza que emanaba de aquel hombre enigmático, que tenía fama de persona crudelísima y al que los mismos altos dignatarios soviéticos, amigos suyos, tenían por personaje secreto y misterioso.

—Es el diablo —aseguraba Madame Budionnaya, esposa del mariscal Budionni, aunque no lo decía en el sentido que Sologub, el autor de *El demonio mezuquino*, da a esa palabra, y tampoco en el que le da el Aliosha de *Los hermanos Karamázov*, sino en el sentido byroniano de Pushkin, o en el popular de ciertos cuentos petersburgueses de Gógol. A mí me asombraba que una sociedad comunista pudiera producir un hombre tan raro, tan enigmático, tan mágico, diría, tan contrario al ideal de hombre que el marxismo postula. Karaján era un personaje romántico. Y a mí, digo, me asombraba encontrar, en una sociedad comunista que desde lejos, desde París, me había parecido una forma de clasicismo, de racionalismo, como se supone que es el marxismo, un personaje romántico, digno de Lord Byron y Pushkin.

Para juzgar a una persona hay que observar atentamente sus retratos. En éstos, las personas se destapan, se muestran sin reservas. Yo llevaba mucho tiempo buscando uno de Karaján que no fuera la típica fotografía de prensa ni de publicaciones oficiales. Una noche que me hallaba en el camerino de la Semiónova del Gran Teatro de la Ópera, en un intermedio de *Krasny Mak*, «La amapola roja», el gran ballet sobre la Revolución comunista china, en que cientos de bailarines vestidos de rojo, las amapolas, invaden el escenario y luchan contra un ejército de bailarines vestidos de amarillo, las flores de loto, le pedí que me enseñara un retrato de Karaján.

Ella me miró, asombrada.

—¿Para qué?

—Quiero ver cómo se muestra con usted —le contesté.

—Él nunca se muestra como es —repuso ella en tono triste, mirándose al espejo.

—¿Ni siquiera con usted?

—¿Y me lo pregunta? Conmigo menos que con nadie. —Abrió el cajón del tocador, sacó una gran fotografía con marco de plata, me la arrojó a las rodillas y dijo—: Fíjese bien porque a lo mejor no lo reconoce.

Era un retrato de Karaján vestido con *tolstovskaya*, que es esa camisola de mujik con botones en el costado, hombros y cuello a la que dio nombre Lev Tolstói. Con esta prenda, Karaján tenía un aspecto casi desaliñado: en el cuello ancho de la camisola de tela, el suyo se veía delgado, como el de Baudelaire en su famoso traje de guillotinado. Estaba sentado a la orilla de un lago y el paisaje lacustre, pálido y opaco, con un cielo gris y brillante, como de porcelana, que se difuminaba en una escala de grises superpuestos como capas de piel (el cielo ruso tiene el color, la forma, la porosidad de la piel humana) confería al rostro, a la mirada, a la actitud de Karaján una tristeza un poco romántica, que contrastaba con la impresión que causaban su alta estatura, sus caderas estrechas, su cintura fina, sus hombros anchos y su cabeza digna, que movía con gallardía, con altivez y casi con cuidado, como si sobre los hombros llevara la cabeza de otra persona, de un ser querido o, como decía Patek, el embajador polaco, «como si sobre los hombros llevara a un niño». En aquel paisaje parecía perdido en una soledad inmensa, o, mejor dicho, era él quien transmitía al paisaje esa sensación de soledad. Era el primer hombre «solo» que veía en la Rusia de los sóviets, donde la soledad se considera un lujo, una forma de corrupción burguesa, un aspecto intelectual de la desafección al marxismo.

No me veo capaz de hacer el retrato de un hombre y una sociedad, de describir las pasiones que dominan a esos hombres y esa sociedad, manteniéndome al margen de ellos. A mi juicio, una de las características de Stendhal es que no pertenece, siente que no pertenece a la misma sociedad que los tipos humanos que describe. Por eso quizá él sí habría podido retratar aquella sociedad soviética refinada y corrupta que, después de liderar la Revolución proletaria y fundar el comunismo, se había instalado con toda comodidad en el poder, como hiciera la sociedad del Termidor. Él se habría sentido inmediata y profundamente ajeno a ella, no como jacobino, sino como bonapartista.

La soledad de aquel Karaján y el sentimiento de soledad que confería al paisaje me impresionaron de manera extraña: yo esperaba

encontrar en Rusia al hombre comunista puro, un hombre fundido casi físicamente con las masas proletarias, un tipo nuevo de intelectual, que no fuera, como es el intelectual europeo, indiferente a la vida profunda, animal, de las masas, sino que se compenetrara con ella y estuviera tan alejado de la soledad del intelectual europeo como el intelectual de Occidente se halla alejado de la vida de las masas, de la vida de la especie, diría. Pero resulta que allí tenía a un tipo de hombre que yo ya conocía, que ya había encontrado en Pushkin, en Gógol, en Dostoievski sobre todo, el hombre solitario que se complace en su soledad como si fuera un vicio irresistible, que se entrega en cuerpo y alma a ese peculiar narcisismo eslavo que consiste en revolcarse en las propias miserias, en los propios pecados, y que es el aspecto más característico de la decadencia de la antigua sociedad rusa con que había arramblado la Revolución comunista.

—Guapo, ¿verdad? —me preguntó la Semiónova mirándome desde el espejo.

Estaba arreglándose el cabello y tenía los brazos levantados, y de pronto, reflejado en el espejo debajo de una axila, vi al mismísimo Karaján emerger del fondo como parece emerger un reflejo del fondo de un estanque. Estremecido, me volví rápidamente. Se trataba de un retrato de aquel hombre que había colgado entre el armario y la pared. Tenía una mirada dura, hostil. Iba vestido con una chaquetilla de cuero como las que llevaban los comunistas en la revolución y la guerra civil, a los que por eso llamaban así, «chaquetas de cuero». Tocado con un gorro alto de pelo de oveja persa, llevaba al cinto una pistolera con un máuser y, a la izquierda, un puñal curvado del Cáucaso, de mango plateado. Tras él se veía un paisaje de altas chimeneas humeantes, de grúas, puentes de acero, turbinas de acero, que se recortaban duramente contra un horizonte de niebla negra. Era el barrio de las fábricas Putilov, en Leningrado. Era uno de esos retratos de propaganda oficiales en que los líderes de la Revolución de Octubre gustaban de aparecer sobre un fondo romántico de chimeneas humeantes, de grúas, de ruedas dentadas, como si quisieran subrayar que pertenecían a la Revolución proletaria, que eran los adalides de la Revolución comunista.

Sonreí y la Semiónova me lanzó desde el espejo una mirada penetrante.

—Guapo, sí —contesté—. Y más que guapo. Temo por él.

—Muy amable —repuso ella, sonriendo con ironía.

Era un Karaján muy distinto del Karaján del retrato que Madame Bubnova, directora de Torgzin, la tienda para extranjeros exclusiva donde se podía pagar con divisa valiosa, me había enseñado un día. El retrato de Madame Bubnova era obra de un pintor chino que lo había pintado en los días en que Karaján y Borodin enardecían a China. Todo lo secretamente oriental que hay en un ruso, el leve toque, el misterioso acento que se advierte en un gesto y, si no en los ojos rasgados, en cierta luz que ilumina los ojos grandes y lentos, se veía en el retrato de Karaján con evidencia insospechada. El pincel del desconocido pintor chino de Cantón había plasmado a Karaján en traje manchú, con casaca de seda y cuello de piel de lobo, y parecía más atlético, más feroz que en el retrato del camerino de la Semiónova.

En esos retratos se veía claramente que la sociedad revolucionaria que había conquistado el poder con violencia en octubre de 1917 era una sociedad híbrida, formada más por aventureros que por marxistas puros, como a ellos les gustaba llamarse. En aquellos años, la aristocracia comunista era muy distinta de la que apareció años después, tras las grandes purgas y el éxito de la primera *Piatiletka*.^{*} Era una sociedad compuesta por elementos del Antiguo Régimen, diplomáticos, intelectuales, oficiales que se habían convertido enseguida al comunismo, y de aventureros provenientes de las más remotas provincias asiáticas del Imperio ruso. Obreros había pocos y casi nunca participaban en la vida social de la nobleza soviética. No se los veía en los bailes, ni en las comidas, ni en las *parties*, ni en los *courts* de tenis, ni en los montes de Nikolaev, la estación deportiva invernal de Moscú, ni a orillas del Moscova, donde solía ir la alta sociedad comunista, con esposas y amantes, a remar en bote por las orillas verdes bajo el cielo rosado y verdoso de Moscú. Yo había llegado a Moscú entusiasmado, y ahora muchos de los protagonistas de la Revolución de Octubre me parecían muy distintos a los héroes que había imaginado. Eran gentes corruptas, mezquinas, ambiciosas, aventureros esteparios, ex oficiales zaristas arrogantes, intelectuales avinagrados y orgullosos que luchaban entre sí por la conquista del poder supremo. Yo no estaba en Moscú para divertirme, pero ahora, ¿qué podía hacer si no? Aquella sociedad de *parvenus* corruptos y ambiciosos quería disfrutar del poder. Que bailase, pues, y se divirtiera. Pero cuando

* *Piatiletka*: plan quinquenal. (N. del T.)

pensaba en Karaján, me embargaba una profunda tristeza. Temía por él. ¿Algo más? Sí, también le guardaba rencor porque me parecía otro *parvenu* corrupto y ambicioso. Le guardaba rencor como si me hubiera traicionado.

El vals que la orquesta tocaba en aquel momento no era de Strauss, sino uno de esos vales vieneses secos, enjutos, huesudos, que anunciaban el fin de Dollfuss, y a Schuschnigg y el *Anschluss*. Todo el tejido adiposo de la tradición vienesa de los Habsburgo, todo el *pathos* romántico de Viena se había consumido dejando al descubierto los huesos del vals, blancos y descarnados. Sir William Strang, consejero de la embajada inglesa, salió en aquel momento del bufé y dio el brazo a la Semiónova. Junto a Sir William, que era altísimo, la bailarina parecía pequeña y fragilísima.

—Hoy he sabido —dijo Madame Bubnova, que estaba de pie en un rincón del bufé, junto a la puerta que daba a la terraza, en medio de un grupo de actores y actrices de los teatros Stanislavski y Meyerhold— que la dirección del Covent Garden ha invitado a Londres a la Semiónova.

—Stalin nunca le permitirá salir de Moscú —replicó la mariscala Budionnaya.

—¡La Semiónova en Londres! ¡Ja, ja, ja! —exclamó Madame Bubnova, dándose un cachete en la mejilla. Era morena de pelo, velluda, de complexión atlética, frente huesuda y prominente, brazos rollizos, voz potente, algo grave, aunque no ronca, sino pastosa y vibrante, como la de un contralto viejo y desafinado. Su marido, Bubnov, gran intrigante, ansiaba la muerte de Anatoli Lunacharski, comisario del pueblo para la Instrucción Pública y las Bellas Artes: de hecho, cuando Lunacharski murió de tuberculosis (de esa extraña tuberculosis rusa que no mata al enfermo, sino que lo acompaña fielmente toda la vida hasta que lo lleva, octogenario, a la tumba), fue él quien ocupó su cargo.

—¿Y por qué no? —terció Madame Egorova, esposa del general Egorov, jefe del Estado Mayor del ejército ruso. Madame Egorova era bellísima, menuda, morena, entrada en carnes, lo cual le sentaba tan bien como a una perla un estuche de terciopelo, y, como las perlas, tenía unas languideces húmedas, una delicadeza cruel, una frialdad llena de matices grises, una impasibilidad distraída—. ¿Por qué no? La Semiónova no es mejor ni peor que otras.

—Es verdad, las hay peores —convino Madame Bubnova.

—A mí me parece encantadora —dijo Madame Budionnaya con inocencia.

Madame Bubnova se echó a reír y Madame Egorova la miró de soslayo con desprecio. La Egorova profesaba el más profundo desdén por las *beauties* de la sociedad soviética, sobre todo por Madame Lunacharskaya, que siempre estaba en el candelero. Y sólo se mostraba indulgente, quizá para dar más sentido, más dureza a su desprecio por las demás, con la Semiónova y con Madame Budionnaya.

—Conquistará Londres como ha conquistado Moscú —afirmó Madame Egorova, siguiendo con los ojos a la Semiónova y a Sir William Strang, que se deslizaban por el suelo al lento compás del vals.

—Querida mía —terció Madame Bubnova—, por mí puede tener los éxitos que quiera, no me importa, no le tengo envidia: yo no soy bailarina.

—Yo tampoco —dijo la mariscala Budionnaya con inocencia—, y sin embargo muchas veces la envidio: es tan bella, tan airosa, ¡y baila tan bien! Es una... una...

—Una mariposa —dijo Madame Bubnova riendo.

—Eso mismo, una mariposa —dijo Madame Budionnaya, ruborizándose un poco.

Madame Budionnaya era una mujercita morena, de formas opulentas, de una vulgaridad agradable. Florinski, cuando hablaba de ella, reía malignamente, estirando la mano para mostrar lo baja que era y abriendo los brazos para mostrar lo gorda y redonda que era. «Al mariscal Budionni le gustan las yeguas», decía, y reía encogiendo la cabeza pequeña y pelirroja entre los hombros, como hacen las tortugas: «¡Ji, ji, ji!». Pero no había nada ridículo en aquella mujer. Era menuda, insignificante y no había perdido su sencillez: en una vertiginosa carrera en que había pasado de suboficial de los cosacos del zar a mariscal de la caballería roja, el mariscal Budionni no había logrado que su mujer ascendiera un solo peldaño en el escalafón del orgullo, de la presunción, de la vulgaridad. Seguía siendo una mujer sencilla, quizá algo sorprendida de la fortuna del marido, algo escéptica, y sinceramente entusiasmada con las joyas de mal gusto que le adornaban orejas, cuello y dedos.

—Sí, una mariposa —repitió Madame Budionnaya, ruborizándose un poco y sonriendo.

—En Londres no tendría éxito —dijo la Bubnova con su voz grave y sonora—. Allí la Pavlova sigue siendo inmortal. ¿Ha estado usted en Londres? —añadió, dirigiéndose a mí—. Recuerdo haber visto los objetos de la Pavlova en el Museo de Londres, en St. James's Street. La Semiónova no podrá competir con el fantasma de la Pavlova.

—Yo también vi las zapatillas de la Pavlova —dije—, que la divina bailarina calzaba en su danza del cisne. Todo el Museo de Londres gira poco a poco en torno a esas zapatillas de raso blanco. Pero la Pavlova brillaba a la sombra de un trono: llevaba a Londres, al trono de St. James, el esplendor hiperbóreo del trono de los zares de la blanca San Petersburgo. El brillo de su leyenda es enorme, glacial, purísimo, pero no podría competir con el brillo rojo, de rubí sanguíneo, que la Semiónova llevaría a Londres. La Pavlova era la bailarina de los reyes. La Semiónova, la bailarina del proletariado, proletaria.

—¡Ja, ja! —rió Madame Lunacharskaya acercándose con su séquito de jóvenes oficiales y actores de Tairov—. ¡Que no lo oiga la Semiónova, si no quiere que le saque los ojos! La divina Semiónova una bailarina proletaria, ¡ja, ja, ja!

—Perdón —dije—, no quería...

—No se excuse —intervino Madame Egorova—, la palabra «proletario» aún no tiene en Rusia un sentido ofensivo. Pero no a todas nos gusta que nos llamen proletarias.

—Se equivoca —dijo Madame Lunacharskaya—, a mí me encanta. ¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja! —se echó a reír la Bubnova.

—¡Ja, ja, ja! —la imitaron los jóvenes actores y oficiales.

—¿Y por qué no debería gustarnos? —preguntó Madame Budionnaya con aire ingenuo—. ¡Por suerte, todas somos proletarias! ¿Qué tiene de gracioso?

—¡Ja, ja, ja! —exclamó la Bubnova—. ¡Y dice que qué tiene de gracioso! Pero querida...

—¿A usted le parece gracioso, señor Malaparte? —me preguntó de sopetón la Egorova.

—Muy gracioso, sí —respondí—. También las mujeres europeas que tienen la suerte de poseer un anillo de brillantes se avergüenzan de su origen proletario. Aquí, a Dios gracias, ninguna de ustedes se avergüenza de su origen. Es una muestra de buen gusto que me place.

—¡Miren qué precioso collar de perlas! —exclamó Madame Bub-

nova—. Es la primera vez que me lo pongo. Y les juro que no lo compré en Torgzin.

—Viene de París —apuntó Madame Lunacharskaya—. Es un collar de Cartier.

—¿Y usted la llama bailarina proletaria? —dijo Madame Bubnova, riendo y dándose unos cachetes en la cara, como solía hacer cuando algo la sorprendía.

—¿Me invita a un whisky? —me preguntó Madame Egorova tomándome del brazo.

Nos alejamos del grupo de las *beauties* y nos dirigimos al bufé evitando cuidadosamente la sala de baile. Me fijé en que aquella noche no estaban Litvínov, Lunacharski ni el mariscal Tujachevski. A una mesa del bar se habían sentado el embajador de Italia, Cerrutti, el de Polonia, Patek, y Steyer, funcionario del Comisariado para Asuntos Exteriores. El embajador de Letonia, Madame Egorova y yo nos sentamos a una mesa y el barman nos sirvió dos whiskies Antiquary.

—¿No lo sabe? —nos dijo el embajador letón, levantándose de la mesa y acercándose a la barra—. Han arrestado a Kámenev.

Madame Egorova escuchó la noticia impasible. Estaba un poco pálida y observé que dejaba despacio el vaso en la mesa.

—¿Qué tiene de raro? —pregunté.

—No tiene nada de raro —contestó el embajador, un tanto sorprendido—, pero es muy importante. ¿Sabe quién era Kámenev?

—Uno de los más antiguos compañeros de Lenin —contesté—, ¿y bien?

—¡Pero es terrible! —exclamó el embajador de Letonia.

—Todas estas damas y caballeros —aseguré mirando a un lado y otro— acabarán en la cárcel.

—¿Y le parece bien?

—Son un hatajo de traidores, de arribistas, de *parvenus*, de aprovechados de la revolución. Peor para ellos.

—¡Pero Kámenev era uno de los líderes revolucionarios! —exclamó el embajador.

—¿Ah, sí? Pues chúpese ésa. —Y me eché a reír.

El embajador letón se quedó mirándome un instante, luego se volvió hacia Madame Egorova e, inclinándose, dijo:

—*C'est à vous que je donnais cette nouvelle.*

—Pues yo pienso como Malaparte —repuso ella, y se volvió fríamente hacia la sala de baile.

En aquel momento, Sir Edmond Ovey se acercaba a Sir William Strang y le susurraba algo al oído. Inmediatamente, Sir William Strang se separó de la Semiónova, se inclinó y le dijo algo, como excusándose, tras lo cual le ofreció el brazo y juntos se encaminaron al bar esquivando a las parejas que bailaban. Al mismo tiempo aparecieron en todas las puertas que daban a la sala hombres y mujeres con cara de estupor y hasta de miedo. El embajador Cerruti, el embajador Patek, Steyer, Tairov, el embajador letón, el de Francia, Herbette, el alemán, barón Von Dirksen, y demás miembros del cuerpo diplomático se habían levantado de sus mesas y butacas y acudían, se asomaban también a la puerta de la terraza, a la puerta del bar, a la puerta del *fumoir*. Se formaban corros que enseguida se disolvían, grupos que se apartaban y cuchicheaban. Al final todo el mundo se volvió hacia Florinski, jefe de protocolo del Comisariado para Asuntos Exteriores, que, en medio de la sala, pálido, sonreía mirando a la Semiónova, una Semiónova sola que, apoyada en la barra y llevándose a ratos un vaso a los labios, tenía la vista fija en la puerta que comunicaba la sala con el vestíbulo.

Como movidas por un instinto, también Madame Lunacharskaya, Madame Bubnova, Madame Budionnaya, todas las *beauties* del mundo soviético, habían ido juntándose, seguidas del enjambre de jóvenes oficiales y actores. La sala se había quedado vacía, la orquesta seguía tocando como en sordina, y una brisa tibia, que olía a hojas y hierba, se colaba por las ventanas abiertas. La primavera de Moscú irrumpía en la sala con su ímpetu suave, con su olor dulce a mujer embarazada. Por entre los árboles del parque, húmedos y cargados de sonidos indistintos, de aromas vagos, se veían las cúpulas de las iglesias, las torres del Kremlin iluminadas por focos, las banderas rojas que ondeaban sobre la torre del Palacio de las Armas. El firmamento era inmenso, rosado y verde, y la luna lo inundaba con su claridad de plata. Kámenev, el camarada de Lenin, el triunviro al que Lenin había ascendido al poder junto con Zinóviev y Bujarin, había sido arrestado. Empezaba la gran purga. Por el pacífico Kámenev de barba grisácea, de ojos miopes, de gafas radiantes, empezaba el terror. Des-

pués de Trotski, Kámenev. La orquesta interpretaba suavemente un vals vienés. Las joyas resplandecían en la garganta y los dedos de las *beauties* soviéticas.

De repente la puerta se abrió y apareció Karaján. Estaba más pálido que de costumbre. Se detuvo un momento, con la cabeza erguida; luego se dirigió despacio al bar, se acercó a la Semiónova, que seguía de pie apoyada en la barra, se inclinó, le besó la mano, la atrajo hacia sí y empezaron a bailar. Eran los únicos en la inmensa sala. Madame Egorova me tocó el brazo y me susurró, sonriendo:

—*Qu'ils sont beaux.*

—*Vous ne trouvez pas qu'il ressemble...* —me dijo Florinski acercándoseme y sonriendo también.

Otras parejas se unieron al baile. Madame Lunacharskaya, en brazos de un joven oficial de la Proletarskaya Diviziya, reía con aire indolente, erguido el bello rostro, dilatadas las narices. Sir Edmond Ovey se inclinó ante Madame Egorova y la sacó a bailar. Steyer se me acercó y me ofreció un cigarrillo.

—Me apetece respirar un poco de aire fresco. ¿Puedo acompañarlo al hotel?

—Hace una noche preciosa —dije.

Y nos encaminamos a la puerta. Steyer estaba palidísimo y tenía la cara sudada.